

Letras mexicanas en el siglo XIX

Estampas para el Bicentenario

CECILIA KÜHNE

Con motivo de la conmemoración del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución, **EstePaís** | cultura ha reunido una serie de materiales que, de manera varia y sin otro fin que el de revisar temas que deben importarnos como nación, aprovechan el espacio sin duda propicio que estas fechas brindan para la reflexión.

Primera de dos entregas, el presente texto de Cecilia Kühne ofrece una serie de estampas vitales de las letras del primer México, el posterior a la Independencia, que celebramos este mes. La segunda entrega, correspondiente a la literatura escrita a partir de la Revolución, aparecerá en nuestro número de noviembre.



Dos días después de que con gran pompa y reales honores, la Audiencia de México entregara en el Palacio Virreinal el mando de la colonia más apreciada del reino español al excelentísimo virrey Francisco Javier Venegas, en el lejano pueblo de Dolores de la Intendencia de Guanajuato estallaba la insurrección. En la madrugada del 16 de septiembre de 1810, un viejo cura ilustrado, muy afecto a la literatura francesa, hijo directo de los enciclopedistas, rompía el silencio de la conspiración y lanzaba un grito de independencia. La noticia del levantamiento —sorpresivo, apasionado, violento, acto supremo de fe en la patria que vendría— se recibió en la capital de la Nueva España antes de que hubiera tiempo de publicar algo de ella en la *Gazeta del Gobierno*, sin una sola letra de por medio. La historia literaria de México llegaba a un capítulo nuevo que parecía el primero. Dice Luis G. Urbina:

En este punto, aparece una forma absolutamente nueva en la Colonia: la proclama política, la arena revolucionaria. Las letras entonces prestan un servicio real, urgente, magno, a la vida colectiva. Aprovechan los dibujos de la retórica para despertar y convocar las pasiones; se valen de la metáfora, del apóstrofe y del clímax para convencer y enardecer los anhelos de libertad.

Así, mientras la revolución crecía con la voracidad de un incendio estimulado por el viento, y las multitudes se desbordaban por campos, pueblos y ciuda-

des como una inundación incontenible, aparecían folletos, sermones, bandos, edictos y proclamas. Algunos con estilo académico, lenguaje peinado y culto, y otros de letras burdas con vocablos populares, tan ágiles, sutiles, epigramáticos y venenosos como los que defendían la causa contraria. Los insurgentes carecían de recursos para la propaganda literaria y sin embargo tuvieron publicaciones admirables, en un principio dos: *El Despertador Americano* y *El Ilustrador Nacional*, éste último un periódico fundado por el doctor José María Cos, quien con sus propias manos, trozos de madera con caracteres labrados y una mezcla de aceite y añil como tinta, halló la forma de demostrar de manera impresa que su sabiduría e inventiva estaban al servicio de la causa. *El Ilustrador Americano* y *El Semanario Patriótico*, escritos por Andrés Quintana Roo —figura prominente de la época—, fueron también ilustres mensajeros del movimiento libertario. Todos ellos con textos producidos en medio de la batalla, de autores que aprovechaban los tiempos libres que les dejaban los azares de la guerra; redactados entre la agitación, el tumulto, el sobresalto, la prohibición y la feroz amenaza del ejército realista. Ciertamente es que la mano del verdugo quiso quemarlo y destruirlo todo. Pero aun en cenizas, en polvo y en pedazos, los papeles de la insurgencia se depositaron, imborrables, en el alma de los futuros escritores de la patria.

* * *

La sátira es del error / justo azote, cada rato; / ella es mi gustoso plato, / que hay mucho que corregir. / ¿Qué tal? ¿Empiezo a escribir? / Compadrito, ¿suelto el gato?

José Joaquín Fernández de Lizardi

La censura vigilaba. Atisbaba la Inquisición. Todo comunicado era secreto. Pero todo silencio, con el tiempo, puede estallar en gritos de júbilo. La Constitución de Cádiz, firmada en 1812, otorgó el derecho a la palabra libre. El bando sobre la libertad de imprenta se publicó en México el 5 de octubre de aquel año. Tres días después apareció el “papelillo” más célebre del primer tercio del siglo XIX nacional: *El Pensador Mexicano* de José Joaquín Fernández de Lizardi.

Con un tiraje impresionante (de 2,600 ejemplares), un precio accesible para la mayoría de un público atraído por sus títulos llamativos, estilo satírico e irreverente y ferozmente crítico, hablaba de los derechos de las personas, la igualdad de todos ante la ley, la religión verdadera, la moral, las virtudes y las obligaciones respecto a la patria. Ciertamente es que el pueblo era mayormente analfabeto, pero Lizardi tenía un propósito más alto. “[...] gusto es que me entiendan hasta los aguadores —declara en voz de un personaje en su “Diálogo entre un francés y un italiano”—, y cuando escribo jamás uso voces exóticas o extrañas, no porque las ignore sino porque no trato de que me admiren cuatro cultos sino que me entiendan los más rudos. Escribir para todos es mejor y que traiga el escrito utilidad.”

La producción de Lizardi, por supuesto, no se limitó al periodismo; abarcó —tanto en verso como en prosa— más de 300 folletos, nueve periódicos, diez piezas de teatro y cuatro novelas. Su trabajo entreveró la narración con diálogos de corte dramático, historias, noticias locales, leyes, resoluciones del Congreso,

cartas, comunicados y hasta chismes de altos vuelos. *El Periquillo Sarniento*, escrita en prosa, inauguró el género novelístico nacional y compitió en popularidad con otra de sus obras, *Don Catrín de la Fachenda*. El texto dictó las máximas de vida de Lizardi: el uso de la razón sobre todas las cosas, el valor de la buena educación, el supremo beneficio de la enseñanza para modificar vicios y conductas y la utilidad del conocimiento y el trabajo. Polemista vigoroso en toda materia religiosa, perseguido y acosado por las autoridades, pero de una lucidez deslumbrante, Lizardi murió a las cinco y media de la mañana del 21 de junio de 1827 en su casa de la calle de Puente Quebrado, de tuberculosis. Quiso, pero no fue así, que su epitafio dijera: “Aquí yacen las cenizas del Pensador Mexicano, quien hizo lo que pudo por su patria”.

* * *

Después de Fernández de Lizardi, comenzó una etapa verdaderamente tormentosa de la historia de México. Con la Independencia ya firmada y declarada, resultó que el país no se había convertido en el ideal de caudillos, héroes y pensadores: un general se convirtió en el primer presidente de la República, un primer imperio casi lo destruye todo. Después de Victoria vino Pedraza, a Pedraza lo derroca Guerrero, un pronunciamiento entroniza a Bustamante y se suceden hombres y sistemas, pasando una y otra vez del centralismo al federalismo. La guerra civil es incesante y se alternan sublevaciones, estallidos, planes y asonadas. La invasión norteamericana desmiembra el territorio y una dictadura se impone. Las luchas fratricidas, que por años asolaron al país, “casi ahogaron la delicada flor de la literatura”, dijo el doctor Bernardo Souto.



Era la luz mi festín / y mi alcázar negro el cielo, / era cual de águila el vuelo / el vuelo de mi magín. [...] Novelas y cuentos de hadas / torné penas y pobreza / y leyendas regaladas / mis cuitas y mis tristezas.

Guillermo Prieto

En un cuarto del antiguo Colegio de San Juan de Letrán, vivía casi como anacoreta el joven abogado José María Lacunza. “Propiamente podrá llamarse celda —cuenta Guillermo Prieto en las *Memorias de mis tiempos*—, con sus altas ventanas, sus desnudos ladrillos y su cancel en la puerta, totalmente tapizado de libros, sin más huecos que el que ocupaba una mesa.” Lacunza daba y recibía distintas cátedras, conocía el latín perfectamente, hablaba el francés con corrección y traducía el inglés con suma elegancia. Le encantaba el sofisma, juraban sus amigos, y en la discusión su placer era apoderarse de los argumentos del contrario, ampliarlos y mejorarlos... para después deshacerlos de un soplo y aplastar a su adversario bajo los escombros de su fallido raciocinio.

Fue en el cuarto de Lacunza donde se gestó la famosa Academia de Letrán. Producto de las reuniones de jóvenes estudiantes —que llegaban con



sus “rollos de versos” en los bolsillos, composiciones dramáticas, apuntes para piezas teatrales—, surgió una suerte de taller literario donde todos leían sus obras, se sometían a críticas y enseñanzas de los otros, escuchaban apasionadas disertaciones sobre la lengua española y pronunciaban nombres antiguos como los de Horacio y Virgilio pero también los de Goethe y Byron, cuya fama en Europa trascendía. José María Lacunza, su hermano Juan Nepomuceno, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Ignacio Ramírez “El Nigromante” y Guillermo Prieto fueron los asiduos. Todos ellos, bajo la protección y la complicidad de Andrés Quintana Roo, que se convirtió en presidente perpetuo, transformaron aquellas reuniones en la Academia de Letrán, que tenía un solo requisito para su ingreso: leer una composición cualquiera que fuera aprobada por todos los demás. Fue, sin duda, uno de los impulsos más serios, más sostenidos y más libres para crear una literatura mexicana emancipada de cualquier otra. La generación surgida de la Academia de Letrán —que el día de su inauguración formal agasajó a sus miembros con una piña rebanada cubierta de azúcar, por falta de dinero en los bolsillos de todos—, entre clásicos y románticos, llenó medio siglo de la historia de nuestras letras.

* * *

Mis antecedentes son humildes, he probado desde la infancia el cáliz de las miserias de la vida; he nacido en una cabaña de una familia de indios; el apellido que llevo es de español y no me corresponde de derecho, porque los indios no tienen motivo para llevarlo; pero mis abuelos lo tomaron, como lo tomó Juárez que tampoco tenía apellido español; y yo lo llevo porque con él soy conocido, porque lo heredé ya de mis padres y porque he sabido honrarlo con una conducta sin mancha.

Ignacio Manuel Altamirano

En 1867 el coronel, escritor y abogado Ignacio Manuel Altamirano, al frente de una sección de la Brigada del Sur, pasó a ocupar por breve tiempo la Plaza de Tlalpan; era el primer jefe militar republicano en aproximarse tan audazmente a la Ciudad de México, aún no totalmente desocupada por las tropas francesas. A la cabeza de una fuerza de 300 caballos y en lo más reñido de la acción, se hizo notable por su arrojo, animando con su ejemplo a los soldados hasta lograr el repliegue de los traidores. Faltaba poco para el fusilamiento de Maximiliano y para ver, por fin, triunfante a la República.

Nacido en Tixtla, dos años antes de la fundación de la Academia de Letrán, Altamirano no aprendió el español sino hasta los 14 años. Un feliz azar de su existencia familiar lo hizo entrar en la escuela local, y en virtud de su talento sobresaliente fue enviado después al Instituto Literario de Toluca, donde encontró a su maestro Ignacio Ramírez. Bajo su dirección sentó el joven Altamirano las bases de una sólida cultura: latín, francés, español, filosofía. Pronto aprendió que la ciencia y la lectura son el gran antídoto contra el falso entusiasmo y la superstición, y a partir de entonces se sumergió en prodigiosas y sabias actividades: maestro, poeta, dramaturgo, novelista, político y soldado. Estuvo unido con Juárez, como bien apunta Justo Sierra, porque las primeras lecciones las aprendieron de la naturaleza y, sin ser hablantes naturales de la lengua española, llegaron a las cumbres más altas: Juárez de la política y Altamirano de las letras.

El Altamirano de la República Restaurada recupera el espacio de tolerancia y coexistencia entre antiguos y modernos, liberales y conservadores. Toma bajo su cuidado la renovación de las letras patrias, escribe dos novelas históricas notables, organiza las Veladas Literarias y publica *El Renacimiento*, importantísima revista mensual, con la intención de sacar la literatura del círculo de los elegidos para entregarla al país. En el primer número deja claro que la convocatoria es amplia: “Llamamos a nuestras filas a los amantes de

las bellas letras de todas las comuniones políticas, y aceptaremos su auxilio con agradecimiento y con cariño. Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que aún dividen a los hijos de la madre común”. Fue además la primera publicación mexicana que pagaba por las colaboraciones, dando un paso crucial para la profesionalización de los escritores.

El ejercicio de las letras había renacido una vez más. En aquel grupo de 30 notables (18 letrados y 12 militares) agrupados alrededor del maestro Altamirano, dos generaciones emprendieron, como bien dijo Alfonso Reyes, “una ruda aventura vital adornada con armas, con letras y con amores”. Y la llevaron lejos.

* * *

Perdurará esta influencia mágica y probablemente no estaremos en aptitud de juzgar nunca a este maravilloso difundidor de sentimiento y de música en las últimas horas de nuestro expirante siglo.

Justo Sierra

En 1880, en la antigua calle de Plateros se puso el primer alumbrado público de la ciudad. El fulgor de la electricidad cambió la luz de todas las cosas. México venía de una historia de guerras civiles, con escritores que no ejercían su oficio profesionalmente porque estaban ocupados en salvar a la patria, sirviendo a la burocracia o escalando escaños en el parlamento. El Romanticismo parecía, de tan antiguo, duro en sus conceptos pero blando y sin sentido en sus alcances. La idea nacionalista del maestro Altamirano producía, cuando menos, erisipela creativa. El artista romántico vinculaba la vida con la creación, impactaba la creación con la vida y llevaba todo a los extremos. ¿Por qué mejor no ser como el poeta Gautier —nacido lejos, muy lejos de aquí—, que proponía un arte menos fugitivo que el sentimiento, que no

fuera producto de la impresión de un instante, el arte por el arte. Un arte duradero —que cincela, esculpe y lima— totalmente autónomo de la realidad. Un arte convertido en el perfecto mundo paralelo donde habitara el artista (la soñada torre de marfil). El modernismo en México había comenzado.

En 1875 Manuel José Othón y Salvador Díaz Mirón publican sus primeros poemas. Un año después, Manuel Gutiérrez Nájera escribe un texto titulado “El arte y el materialismo”, más de una década antes del *Azul* de Rubén Darío. En él afirma, como si de un manifiesto se tratara, que el arte no es imitación sino creación, el triunfo de lo ideal sobre lo real. El artista debe ser libre de escoger su tema, la propaganda nada tiene que ver con el arte (y con una frase termina con los liberales que hicieron un arma de su pluma). Lo utilitario, lo de índole material, tampoco. Si el arte sirve para algo entonces no sirve.

El objeto del arte, dice Gutiérrez Nájera zanjando el asunto, es la belleza.

Periodista, poeta, crítico teatral, narrador y cronista, Gutiérrez Nájera nació el 22 de diciembre de 1859 en la Ciudad de México. No realizó estudios en ninguna institución, ni pública ni privada. Tuvo profesores particulares de latín, francés y matemáticas. Cuenta Rafael Pérez Gay que “la precocidad le robó la adolescencia y estudió en la biblioteca de su padre, en donde se hizo de las armas necesarias para dar con una vocación literaria definitiva”. Publicó su primer artículo a los 16 años en el diario *El Porvenir*. Escribió durante muchos años, sin pausa y sin descanso, en más de cuarenta periódicos. Cuentan que sus columnas más conocidas fueron “Las crónicas de colores” —cada vez eran de un color diferente—, publicadas en *La Libertad*, *La vida en México* y *El Nacional*, y “El plato del día”, que aparecía en *El Universal*, un

manjar al que pocos estaban dispuestos a renunciar. Sus crónicas, decían, hechizaban y eran espejismo y espejo donde se reflejaba el público, porque todas estaban escritas con gran habilidad, pero sobre todo con belleza.

En 1884, Manuel Gutiérrez Nájera dio a conocer “La duquesa Job”. Con aquel poema no sólo fue evidente que México se había adherido al movimiento modernista sino también que había contribuido a la mayor renovación de la literatura en lengua española desde el Siglo de Oro.

“La duquesa Job”, casi un relato poético de “la musa que pasa” (figura tratada de manera original en la literatura mexicana, a pesar de las grietas y las modistillas extranjeras) marcó otro hito en la creación poética: la aparición de la Ciudad de México casi como un personaje —muy bien delimitado en cinco cuadras— y la presencia de una mujer distinta, que pudo haber surgido de la China Poblana de Guillermo Prieto o de Cecilia, la frutera de Payno en *Los bandidos de Río Frío*, pero que era totalmente diferente. Sin el ideal romántico y desdibujado en la niebla de la sensibilidad. Esta duquesa era de otra clase. Ya no es la muchacha que no se oye y no habla y se queda en su casa. Es una mujer garbosa y trabajadora que recorre las calles sin tomarse del brazo de nadie. La protagonista de un poema de actualidad y circunstancia y la protagonista de un poema de amor que no es trágico ni desdichado. No tiene miedo del presente y es optimista. Algo nunca antes visto en nuestras letras, al menos en lo que tocaba al amor.

Con el modernismo cerrando el siglo XIX, el primero de todos los de nuestra independencia, supimos que habíamos pasado por otras guerras, batallas y revoluciones. Las de la pugna sagrada y rabiosa, como dijo Díaz Mirón, para conseguir el heroísmo del pensamiento, el sentimiento y la expresión. ~